

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La Natividad de Jesus, por don A. Pirala.—Gloria (poesía), por don P. A. de Alarcón.—Las Flores Animadas: La Flor del Narciso, por doña Joaquina García Balmaseda.—Historia Natural: Las Gallináceas, por don J. A. Viedma.—Variedades: Costumbres Murcianas (conclusion), por don Antonio Arnao.—Teatros.—Modas.—GRABADO: Modas.

LA NATIVIDAD DE JESUS.



TRA vez mas tenemos que felicitarnos en nombre de la mujer del nacimiento de Jesucristo; del que nació de ella para salvarnos y enaltecerla; del que vino al mundo haciendo que María hiciese olvidar á Eva, y lavó con sus

lágrimas la mancha de la primera mujer.

Bajo cualquier aspecto que se considere tan fausto acontecimiento, no es menos grande y glorioso, y ni los siglos, ni las constantes luchas con que se ha tratado y se trata de amortiguar la fé religiosa, de extinguirla por los enemigos de ella, han quitado un ápice á la inmensa gloria de tan colosal acontecimiento.

Si en medio de esa pequeña lucha de nuestras miserables pasiones, se ha recibido el nacimiento de un Príncipe con delirante alegría, celebrando en ella no tanto lo que es hoy el hecho en sí, como lo que puede ser para la felicidad de España, ¿con qué alegría no se miraría hace diez y nueve siglos el natalicio de Jesus?

En aquella sociedad pagana, sin fé, sin religion, á fuerza de haber tantas; porque las erigia la adulation, haciendo de los poderosos ó de los fuertes otros tantos dioses, ¿qué entusiasmo no debía causar entre los que miraban en aquel niño que veía la primera luz en un portal, pero que se anunciaba su nacimiento con visibles muestras de la intervencion divina, al

que había de destruir el paganismo, dar una nueva fé á una sociedad incrédula, y derribar los altares de los falsos dioses, poniendo las bases de una religion toda de amor, de fé, de esperanza y de caridad?

Toda de amor, sí, como si hubiera sido inspirada por la Madre de Jesus, por la mujer, abundoso manantial de ese puro sentimiento que embellece la existencia, que se alberga en nuestro corazon, arrojado en él como un destello de la divinidad, porque el amor es el único sentimiento que mas nos acerca á Dios. Así son puras y nobles todas sus inspiraciones, cuando no las estravía la pasion, ese cendal que nos ofusca, que nos hace olvidar nuestro sér y nuestra dignidad. Fuente el amor de todo lo bello, no podia menos de estar encarnado en la religion que nos trajo al mundo el que nació en Belem. Era ese amor una inspiracion de María, le habia sentido Jesus sin duda en el fuego de los lábios de su Madre, en las palpitaciones de su corazon al hallarse en su regazo, en la indefinible mirada de la que contempla el objeto amado, de la madre que se estasia en mirar á su hijo. Sublime tenia que ser aquel amor, y fué sublime, celestial, repetimos, y al predicarle Jesus en el mundo, parecia estar inspirado por la que á él se lo inspiró. María hablaba por la boca de Jesus: María emancipaba á la mujer: María predicaba la fraternidad, y solo una madre podia querer que se le acercaran los niños.

Felicítese la mujer, felicitémosla por tanto como la debemos.

Y no es su menor lauro esa parte de gloria que le corresponde. Veámos quien posee hoy mayor fé: quien alberga en su pecho mayor esperanza, quien debe ejercitar mejor la caridad, y siempre sobresaldrá la mujer.

En su imaginacion entra mas dificilmente la duda, y si no la es permitida la lucha para vencer las contrariedades de la vida, tiene la esperanza que la alienta, que es el áncora de su salvacion, y con la que se entrega confiada en el borrascoso mar del mundo; y como espera siempre el bien, le concede fácilmente, y de aquí su inagotable caridad.

Alentemos en la mujer estas dotes; y así como fué digna de su emancipacion, así como dejó de ser considerada como cosa, segun las religiones paganas, para ocupar en la familia y la sociedad el puesto que le corresponde, contribuyamos con nuestro grano de arena á levantar el edificio de su enaltecimiento, cuya base colocó el que nació en el dia que hoy celebra todo el orbe cristiano.

A. PIRALA.

LITERATURA.

GLORIA.

—Díme; ¿por qué suspiras,
bendita madre,
cuando de regocijo
tiemblan los aires?
Dí: ¿por qué lloras?
¿No oyes que las campanas
tocan á gloria?

—Oh! dejadme que llóre;
dejad que muera!...
El hijo de mi vida
no está en la tierra...
¿No veis mi duelo?
¿No oís que las campanas
tocan á muerto?

—Tu pobre niño enfermo
triste gemia
ayer entre tus brazos,
madre bendita...
Y hoy ya no llora...
¡hoy por él las campanas
tocan á gloria!

—Ah!.... sí.... su alma de ángel
allá me espera...
pero su cuerpo hermoso
yace en la tierra...
¡No podré verlo!
que por él las campanas
tocan á muerto.

De besos y de flores
colmé su cuna...
hoy de flores y lágrimas
riego su tumba.
¡Ya no le veo!...
Para él tocan á gloria....
para mí á muerto!

P. A. DE ALARCON.

LAS FLORES ANIMADAS.

La Flor del Narciso.

Sa tete, le long du rivage,
reposait entre les roseaux.
Ses yeux éteints, fixés sur le miroir des eaux
semblaient encore y chercher son image.

Demoustler.

Hé aquí la tradicion que refieren los pescadores sicilianos, cuando por la noche recogen sus redes sentados en la playa.

Narcisa la blonda era la mas bella de las jóvenes del país. Desde Catania hasta Siracusa no habia una que pudiese presumir de un pié mas diminuto, un tallo mas flexible, ni unos ojos mas dulces.

Sin embargo, desconfiad de Narcisa la blonda.

Hay niñas que son bellas y no lo conocen: á estas se las debe amar.

Hay otras que son hermosas y se lo saben: de estas es preciso huir.

Narcisa sabia que era bella, y Luiggi la amaba.

os que han conocido á Luiggi, hijo del anciano Luiggi-Naldi, dicen que era un honrado mancebo, valiente en el mar, generoso con sus compañeros, y temeroso de Dios: Pero amaba á Narcisa la blonda.

Seguía la por todas partes y pensaba en ella á todas horas. Quien no vió á Luiggi llorar estrechando sobre su corazon una flor desprendida de los cabellos de Narcisa, no sabe lo que puede el amor verdadero si llega á esconderse dentro del alma.

Luiggi lloraba como un niño.

El intrépido marinero que despreciaba la tempestad, temblaba ante una mirada de Narcisa.

Luiggi poseía una linda casita, una hermosa barca, nuevas y fuertes redes, y todo se lo ofreció á Narcisa, que solo tenía una rueca y un espejo.

Una rueca siempre inmóvil, y un espejo en el que se miraba sin cesar.

Narcisa que alentaba el amor de Luiggi, solo pensaba en trajes y fiestas.

Ella no le quería, pero el amor de Luiggi el gallardo, de Luiggi el valiente, halagaba su amor propio.

Narcisa, preciada de sí misma, solo amaba su persona, su lindo rostro, su esbelto talle, su graciosa sonrisa, sus bellos ojos.

Cuando iba á la ciudad decia á su vuelta á Luiggi.

—Todas las jóvenes que he visto eran menos bellas que yo, y sin embargo, todas parecían mas lindas, porque llevaban justillos de terciopelo, hermosos lazos de cinta entre sus trenzas, y una cruz de oro pendiente de su cuello.

Al punto Luiggi le compraba el justillo, las cintas y la cruz.

—Eres dichosa ahora que estás mas galana? la decia Luiggi.

—Sí, soy dichosa, porque estoy mas bella.

—Y cuándo nos casaremos?

—En cuanto pase la vendimia. Quiero bailar todavía este año libre entre mis compañeras.

Pasaba la estacion de las fiestas campestres, llegaba el invierno, le sucedía la primavera, y siempre Narcisa encontraba un pretexto para diferir el matrimonio proyectado.

Y no obstante, Luiggi para pagar las galas de su amada había vendido su casa, su barca y sus redes, nada le quedaba!

Si al menos el amor de Narcisa le hubiese indemnizado! Pero, ah! Ella pasaba el tiempo delante del espejo, peinando sus sedosos cabellos, sonriendo á su hermosura. Apenas su amante merecía una mirada.

Luiggi conocía que Narcisa no le amaba, y sin embargo, una fuerza superior le arrastraba hácia ella.

Hay mujeres dotadas de un encanto fatal.

Sus ojos en lugar de cicatrizar las heridas que causan las profundizan mas y mas.

Narcisa era una de ellas.

Luiggi la preguntó aun otra vez.

—Cuándo te casarás conmigo?

—Yo no me casaré, sino con aquel que pueda darme hermosos pendientes para mis orejas, lindas hebillas para mis zapatos, y ricas sortijas para mis dedos.

Luiggi tomó la carabina de su padre, la carabina que había servido en todas sus campañas al honrado soldado, y se internó en las montañas.

Narcisa la blonda tuvo desde aquel dia todo cuanto deseaba.

Siempre engalanada, siempre bella, siempre dichosa, corria de baile en baile y de fiesta en fiesta, sin pensar en el desgraciado que esponia su vida y la salvacion de su alma por satisfacer sus frívolos caprichos.

Como era de esperar, las proezas del bandido Luiggi llegaron de boca en boca hasta Palermo, y el Virey envió fuerza en su persecucion. Narcisa fué la primera que al pasar la tropa por delante de su casa, se asomó á la ventana y sonrió al jóven oficial que la mandaba.

Sin embargo, aquel oficial iba á combatir á su prometido.

Los soldados vuelven vencedores: Luiggi ha quedado muerto en las montañas.

¿Quién corre á su encuentro la primera? Es Narcisa, adornada como de costumbre. Narcisa que dirige al oficial una de esas miradas que tienen un poder infernal.

El valiente oficial la preguntó:

—Quién eres, niña hermosa?

—Soy Narcisa la blonda.

—Atrás! mujer sin corazon. La última palabra que ha pronunciado el bandido ha sido tu nombre, y yo soy quien le ha muerto.

Desde aquel dia, ni jóvenes, ni ancianos, ni mujeres, ni niños, quisieron hablar á Narcisa.

La vanidosa jóven, que vivía ofuscando á las demás, tuvo que huir de la aldea despreciada de todos, y esconderse en una gruta en el Monte-negro: cerca de allí se deslizaba un profundo arroyo, cuyo manantial hizo brotar con su báculo en otro tiempo un santo ermitaño.

En lugar de llorar los errores de su vida pasada, Narcisa empleaba el dia en contemplar su rostro que se retrataba en las aguas.

Cierto dia un monje, conocido en el país por su piedad, subía la pendiente del Monte-negro, para buscar á Narcisa, y atraerla con sus exhortaciones al camino de la virtud.

El virtuoso cenobita halló la gruta vacía.

Un niño que guardaba unas cabras cerca de aquel sitio, contó que la víspera había visto á Narcisa permanecer mucho tiempo á orillas del rio, levantarse despues y precipitarse en él.

Así perecen todas las mujeres sin corazon!

Hé aquí la tradicion que refieren los pescadores sicilianos, cuando por la noche recogen sus redes sentados en la playa.

Nosotros conocemos mejor la verdad de este suceso, que hemos leído en los archivos de Fiora. Pesadora esta diosa de que una de sus hijas legase al mundo un ejemplo tan fatal, y de que el egoismo pu-

diese personificarse en una mujer, hizo que las aguas reflejando la imagen de la bella siciliana la atrajeran á la corriente, á cuyas orillas recobrarse despues su primitiva forma de flor.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

HISTORIA NATURAL.

LAS GALLINÁCEAS.

I.

Ello es un hecho por mas que digan los panegiristas del siglo, que la humanidad degenera. ¡Qué tiempos los de mis visabuelos! ¡Qué gravedad y qué talento en aquellos hombres, hasta para abrocharse un jubon ó una chupa!

Dijo bien Jorje Manrique :

*Cualquiera tiempo pasado
fué mejor.*

II.

Cuentan que esplicando Platon tuvo la peregrina idea de comparar un dia al hombre con el gallo, por lo cual al siguiente sus discipulos, le presentaron una de estas aves pelada, diciendo en són de mofa: *Ahi teneis el hombre de Platon.*

Esto prueba dos cosas: Primera, que entonces como hoy habia jóvenes discolos sin respeto á los años; y segundo, que entonces era una ofensa lo que hoy es una gracia muy admitida.

Si al griego Alcibiades, por sus locuras célebre, ó á cualquiera de los jóvenes romanos que en las tardes del estío galanteaban bajo los pórticos de Livia y Pompeya, le hubiesen llamado *pollo*, figuráos la gresca que se hubiera seguido; al paso que hoy ni aun el sér mas quisquilloso se ofende de esta frase, mucho mas si viene de lábios de una *pollita*. ¿No es esto degenerar? ¿No es pasar del orden de vípedos á la clase de gallináceas?

Es indudable, y doloroso es confesarlo, pero la humanidad inflada de orgullo ha querido volar cual Icaro, aunque sin cera en las plumas, por que no se la derripan las alas. Esta manía insensata la ha llevado á renegar de su especie, y ya no hay jóvenes ni adultos, sino *pollos* y *gallos*, *pollas* y *gallinas*, *pavos*, *palomas*, y qué sé yo que mas.

Ya no se habla, se pía, se canta, se arrulla; y la boca se llama pico, y la barba espolones. ¿Qué tal? Platon era un sábio. El mundo tiene algo de gallinero.

Ahora bien; demostrado el retroceso de la humanidad y admitidas las variaciones que hemos enumerado, vamos á hacer los bocetos de los séres á que se aplican.

III.

EL GALLO.—Los naturalistas dicen, que es un *ave pesada, de grave y lento paso, que canta indistintamente de dia ó de noche, pero á ciertas horas con regularidad*. En resúmen, que es un sér formal, sedudo y sereno en tal manera, que yo he visto algunos GALLOS cantar en la mano.

El buen GALLO—habla Buffon—*es aquel que tiene fuego en los ojos, arrogancia en el andar, soltura en los movimientos, y todas aquellas proporciones, anuncio de la fuerza. Un GALLO de esta naturaleza, no impondrá al leon, como se ha querido suponer, pero inspirará amor á un gran número de gallinas. Con estas tiene gran cuidado y vijilancia, las guia, las defiende, las amenaza, y casi nunca las pierde de vista. Cuando esto sucede, da señales de pesar, y aunque es tan celoso como amante, á ninguna maltrata, sus celos solo se irritan contra sus competidores.*

Por las citas aducidas se ve que el gallo es altivo, puesto que no consiente rivales; vijilante como si dudara de la fé de las gallinas, grave y prudente como ave de negocios, y enérgico como guardador del sexo que le está confiado.

Hasta aquí el ave. Al sér que hoy lleva su nombre, ¿corresponderán estas propiedades?

Confio el estudio y solucion de esta thésis á mis discretas lectoras.

IV.

LA GALLINA.—Segun Virey *puede vivir en cualquier parte con la proteccion del hombre*. Es tambien grave y acompasada en el andar, ardiente defensora de sus hijos. Mas sesuda que las pollitas, no se átopella, ni se deja alucinar tan pronto. Véd sino una *polla* alborotada de gozo jugar con una cinta, una piedra, un vidrio, y observad con cuanto desden pasa la *gallina* al lado de ella y de los objetos que la divierten. Milagros de la edad y la esperiencia.

Mas propiedades podriamos enumerar, pero tenemos que ser breves. Vengamos por lo tanto al paralelo.

Viénense á diferenciar
la gallina y la mujer,
en que unas saben poner,
las otras, solo quitar.
En lo que es cacarear
el mismo tono...

Habla Quevedo, lectoras mías. Yo me lavo las manos.

V.

EL POLLO.—Este cuadro le haremos al revés en obsequio á la variedad. Por lo cual nos ocuparemos antes que de la gallinácea del boceto de hombre así llamado.

En las propiedades del *pollo* hay diverjencia. De aquí el haberse sujetado este género á algunas subdivisiones. Allá van las principales.

Pollo mosca.

Pollo ardilla.

Pollo buho.

El primero incomoda, el segundo divierte, el tercero aburre.

El *pollo mosca* podeis considerarlo como una cola ó posdata de todos los hombres ricos, de todas las mujeres bonitas. Suele ser algo industrioso y mas cachazudo. Torna buenamente lo que le dan, lo mismo la mano que el pié, un sí que un nó. Es porfiado hasta que logra; egoísta, puesto que se acerca á los hombres interesadamente, y á las niñas por vanidad: jamás tiene un amigo mal portado, ni una novia mal vestida; carece de mérito propio, y desconoce el ageno mientras otro no se lo descubre: basta que una niña tenga pretendientes para que él la adore, y solo es necesario que en el mundo no se hable de ella para que la olvide: no hay obsequio de amigo que no cuente, ni favor de mujer que no publique. En una palabra, su norma es el adagio *dime con quien andas*. Tal como su vanidad le hace entenderlo. Su personificación, el grajo de la fábula.

El *pollo ardilla*. Viveza, flexibilidad, travesura; hé aquí los caracteres distintos de esta gallinácea. Tiene buen pico y mala cabeza. Especie de Proteo, es múltiple en sus manifestaciones, y ya sirve para dar forma á un wals, ya para parodiar un galan de comedia. Corredor de moda, siempre conoce la *derniere toilette*; no transije con el mal gusto, ni perdona una falta de buen tono, ni deja de asistir á un baile ó á un concierto, aunque le cueste una pulmonía. Es profundo perfumista, y sabe los secretos y virtudes de todos los olores, y las propiedades de todos los utensilios de tocador. Tiene sus puntas de epigramático, y de murmurador siempre que se trata de establecer paralelos entre personas vulgares y distinguidas, ó se corrigen defectos de buena sociedad. Es audaz,

habla mucho, en todos los idiomas, menos en castellano, y en todas las cuestiones difíciles se une al dictámen de la mayoría.

El pollo buho.

Todo se vende ya en la tierra impura,
ya no hay virtudes en la raza humana (1).

Llorad, lectoras mías, sobre una flor deshojada al nacer, sobre un alma inocente replegada en sí misma por miedo á que el hálito del mundo la empañe. ¿Veis ese misántropo en cañones que huye de la sociedad, y con la duda en el alma y la nieve en el corazón agota todas las frases despreciativas del diccionario para ocuparse del amor, la amistad y la mujer. Es un filósofo precoz, un ave alicaída, un ser *sui generis*, un *pollo buho*. No direis que ha empleado mal sus diez y siete primaveras; conoce al dedillo el corazón humano, y á palmos el corral en que habita. Ha leído doscientas novelas, de las que segun Mad. Stael, *calientan la cabeza y enfrian el corazón*, ahí lo teneis augurando mal de todo y amándose á sí mismo, con ese abandono propio del que por experiencia sabe que no hay nada mejor que lo que ama. ¡Séale su sueño lijero!

VI.

Estamos en el párrafo difícil. Quisiera en contraposición del *pollo buho* agotar todas las frases adulatoras y zalameras del diccionario para escribirlo.

Se refiere á las *pollitas*.

Será presunción, pero creo que desde Ovidio hasta Kar, todos los escritores que han intentado desprestigiar á la mujer han perdido el tiempo lastimosamente. Envidiosos! no hubiesen obrado así si hubiesen sido mujeres.

Pero vamos al asunto: aunque bien pensado el asunto me agrada tanto, que estoy por guardármelo entero, sin dar participacion de nada.

Llámeseme egoísta, ó lo que se quiera, pero decididamente no hablo;

*pues vemos que por callar
á nadie se hizo proceso.*

VII.

En resumen: la Pascua esta cerca, los bailes están en alza, las gallináceas en peligro.

Dulces y alegres horas se preparan sin embargo: cantad y arullad: vayan con el viento que corre los pesares, y la chíprica diosa ó la pedestre musa protejen á los *pollos* y *palomas*, mientras comen pavo los gallos y gallinas.

JUAN A. VIEDMA.

(1) Rubi.

VARIEDADES.

COSTUMBRES MURCIANAS.

(CONCLUSION.)

Pero dejemos este grupo y pasemos adelante, porque de tales individuos no sacaremos cosa de sustancia. Se conoce que para ellos no significa nada ni la rica naturaleza que se extiende ante sus ojos, ni el espléndido cielo que cubre sus cabezas. A valer algo se les hubiera ocurrido siquiera decir: «¡Hermoso día hace!»

Allá en aquella plataforma que hay en la mitad del paseo, limitada al extremo por las verjas y puerta coronada de la ciudad, hay otros grupos de distinto carácter. Ved sino el primero, formado por hombres de modesto y venerable aspecto.

—Ahora no hay soldados, dice uno que tiene imposibilitado su brazo derecho. Si los que vemos en parada supieran como yo lo que es batirse y pasar malos días y peores noches, no se retirarían á sus casas sin tener una herida en todo su cuerpo.

—¿Se acuerda Vd. de lo que padecimos en aquella maldita *nevaca* de Rusia? Bien es verdad que los españoles supimos portarnos mejor que esos almirados franceses?

Esto lo dice un hombrecillo bajo y rechoncho, en cuya cara aun sonrosada apenas aparecen los estragos de la edad.

—Calle Vd., amigo, interrumpe un tercero, retorciendo con despecho su cano bigote. No me nombre Vd. á los franceses, porque cuando me acuerdo de que en Ocaña...

Está demás que os diga quienes son estos individuos. Bastante conoceis semejantes tipos.

En direccion á la ciudad vuelven una hermosa joven de ojos garzos y tez morena, y la respetable madre que de cuando en cuando le dirige la palabra, en tono de cariñosa reconvencion. No os esforceis por averiguar de qué hablan, porque no lograreis entender sus palabras. Sin embargo, la cara melancólica de la niña os revelará que el amor anda de por medio.

Estos y otros concurrentes parecidos frecuentan EL MALECON en las mañanas de invierno.

En las tardes de esos mismos días el paseo ofrece fisonomía diferente. La gente menestral, en numerosas familias, y algunos que otros individuos del mundo elegante, ó de los entregados á especulaciones filosóficas, ocupan la estension del lindo paseo. Aquella se retira antes que el sol se oculte detrás

de los montes de Lorca: éstos quedan haciendo conquistas, ó dados á meditar, mientras no los arroja el frío de la noche cercana.

Distinta es la otra faz que presenta EL MALECON en las tibias noches del verano. En ellas, y particularmente en las que van acercándose al fin de Agosto, época en que comienza la pintoresca feria, se advierte en él una particular animacion. Multitud de gentes, representantes de todas las clases, salen á buscar una consoladora brisa que los refrigere de los insufribles ardores del día. Por todas partes reina una franqueza casi familiar. Entonces se bulle de acá para allá: uno canta, otros charlan; y tampoco falta quien recostado (no muellemente) sobre los duros asientos, se entretenga en pasear su vista por el mundo de los espíritus. Todo tiene cabida en las conversaciones de estas *soirées* medio fantásticas, tenidas á la luz de las estrellas. Desde los misterios dolorosos de la familia hasta los chismes irritantes de la vida pública; desde los coloquios *sotto voce* de los enamorados, hasta las peroraciones calorosas de los dados al demonio de la política, todo sale á plaza en los diversos círculos en que se divide la multitud.

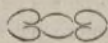
Fuera de esos apacibles días y de esas noches misteriosas, este paseo se halla entregado á la mas completa soledad. Aparte de tales ocasiones, solo se vé en él algun misántropo que huye de las gentes, ó algun alegre huertano que viene cantando con acento medio morisco á visitar á sus amos de la ciudad. Entonces solo se siente resonar en los espacios, ó el ladrido de los fieles canes custodiando las toscas viviendas, ó el rasguear del *guitarrito* para aliviar las fatigas de las rústicas faenas.

Pero ¿á qué he de querer pintarlos los ignorados atractivos de estos poéticos lugares? Haced, si podeis, un viaje á mi pais natal, y gozareis de estos recreos y de otros muchos que me callo por ahora, propios solamente de aquel suelo favorecido por la naturaleza.

Por lo que hace á mí, siempre que pienso en el lugar, que friamente acabo de describiros, ó en otros muchos accidentes de la misma tierra, parece que suena en mis oídos aquella popular y apasionada copla, que tantas veces me cantaron en mi niñez:

«Cartajena me dá pena,
y Murcia me dá dolor.
¡Cartajena de mi vida!
¡Murcia de mi corazón!»

ANTONIO ARNAO.



TEATROS.

Si no he de perder para con vosotras, ó amables lectoras, mi crédito de buen pagador, justo será que ahora os satisfaga la deuda que hace días está clamando contra mí; dandóos en consecuencia noticia de las funciones teatrales que se han verificado durante los quince días de interregno que ha durado mi silencio. Pero no habré de hablaros mas que de lo nuevo, pues no es menester detenerme en espectáculos que tal vez conozcais mejor que yo mismo.

Habiendo salido el teatro de NOVEDADES de las representaciones de *El Payaso*, no porque esta abigarrada producción dejara de dar ya buenas entradas, sino por discordias civiles sobrevenidas al parecer de telon adentro, ha ofrecido á la curiosidad del público dos obras dramáticas, debidas á jóvenes autores. La primera, en dos actos y titulada: *Una herencia completa*, es composición del señor Alonso y Eguilaz, cuya edad, segun dice un colega, raya todavía en los términos de la niñez. Pobre aquella de asunto y débil de concepción, como es natural en los cortos años del autor, esta pieza solo tiene en su abono la facilidad cómica que resalta en muchos de sus diálogos. No seré yo, pues, el que censure sus primeros pasos: para autores que se hallan en sus circunstancias, solo deben tenerse frases benévolas, á la vez que consejos sinceros, á fin de que no dejen malograrse por falta de estudio cualidades felices que con él pueden dar muy agradables resultados.

La otra pieza, de las dos antes mencionadas, es un drama en tres actos y en verso del joven señor Olavarría. De esta obra no puedo hablaros con seguridad porque no la he visto; efecto de no poder uno multiplicarse. Sin embargo, *Duda en el alma* ó *El embozado de Córdoba*, que así se llama, me previno en contra, por su dualismo heterogéneo de títulos; pero desfiendo al juicio de personas competentes, he desechado mi idea, y creo que esta producción es muy estimable. Las cualidades que al parecer reúne son muy halagüeñas, sencillez, poesía, y cultura. Ya podeis comprender si esto merece loa en los tiempos que corren.

Después de haber censurado justamente el público del PRINCIPLE el deplorable drama *Madrid por dentro*, de que no quiero hablar, la empresa ha tenido el acierto de estrenar otro del modesto y laborioso joven señor Escribá, titulado *La dicha en el bien ageno*. Ciertamente dista mucho de la perfección, como su autor debe conocer el primero; pero es muy justo prescindir de sus defectos, que eso y mas merece lo simpático de su concepción, merced al pensamiento generoso que le da origen. Los espectadores

lo han aceptado con gusto, y prueba de ello son los aplausos que han concedido á muchas escenas interesantes. Los actores se esmeraron en sus respectivos papeles, pero el que lo hizo con mas felicidad fué don Fernando Osorio.

Imitación de una comedia del célebre autor de *The last day of Pompey*, se ha representado en el Circo otra apellidada: *Poderoso caballero es don dinero*. El apreciable escritor é ilustrado joven señor Dacarrete es el autor de esta transformación afortunada. A tener espacio y no ser ya inoportuno, os narraría ahora su argumento, y os indicaría los rasgos felices en que abunda esta producción, distinguida por mas de un concepto. Bastóos saber que es una comedia verdaderamente recreativa, escrita con soltura, llena de epigramas de buen género, y cuyo pensamiento importante, por mas que sea vulgar, podeis adivinar fácilmente con solo que pareis mientes en el título. La ejecución fué acertada, y el autor llamado á las tablas.

De la ZARZUELA solo os diré dos palabras. *La Jardinera*, obra en tres actos, es literariamente mediana y moralmente mala. El público, convertido en censor, la ha juzgado con su fallo inapelable. Si mal no recuerdo, solo dos ó tres noches se ha ejecutado, y ha desaparecido, prohibidas sus representaciones de orden superior. La música de esta mal afortunada producción era del joven señor Fernandez Caballero, cuyos conocimientos en la ciencia de la armonía rayan á una altura considerable. En esta nueva composición ha demostrado otra vez su autor que trabaja con entusiasmo y que sabe lo que escribe. ¡Lástima que su linda música haya tenido que seguir la suerte del desacordado libro!

Tres óperas se han cantado últimamente en el REAL, dos de las cuales son de un mérito reconocido por todo el mundo filarmónico. *Linda di Chamounix* y *Lucia di Lammermoor* son dos creaciones tan grandes como conocidas de todos los amantes de lo bello. ¿Quién no sabe de memoria la historia de aquella Linda que tanta angustia padece en las agitaciones de París? ¿En qué oído no resuena la melancólica canción de *Pierrotto*, como un recuerdo del pais natal abandonado? Y si pensais en *Lucia* ¿podeis encontrar una melodía, una situación que no os conmuevan, que no os subyuguen por el sentimiento? ¿No hallareis en toda esta magnífica inspiración la ternura, el amor, el númen que solo sueña la acalorada fantasía de los poetas homéricos?

Así, pues, nada os diré de estas óperas. La ejecución, feliz en ambas, ha proporcionado nuevos triunfos á los artistas del régio coliseo. Los principales de entre éstos han merecido en mas de una ocasión plácemes y aplausos: en particular Bettini en el inmortal período musical que comienza *Fra*

poco a me ricovero, ha rayado á una altura maravillosa.

Despues se ha hecho el *Rigoletto*, con mala fortuna. Mal cantado por lo general, á excepcion de dos ó tres pasajes en que demuestran su mérito la Pa-reppa y Naudin, solo ha vivido dos noches. Del baritono Zaccari, encargado del papel del protagonista, solo os diré que sus fuerzas son muy escasas para lo que exige este teatro, y que por consiguiente naufraga.

En mi revista inmediata os hablaré de las funciones de Navidad, que á juzgar por los preparativos han de ser muchas y de varia especie.

Entre tanto os deseo sinceramente, ó amables lectoras, las mas felices Pascuas.

ANTONIO ARNAO.

MODAS.

Madrid presenta en estos momentos la fisonomía mas animada, y la hermosa temperatura que disfrutamos la hace todavia mas seductora. La Moda se ostenta lujosa y coqueta, no solo entre alfombras y brocados, sino en las calles y paseos al esplendente sol de diciembre. Los almacenes, con un surtido cual nunca se ha conocido, están llenos de bellas compradoras: los de la calle del Carmen, próximos á cerrarse, venden los géneros en almoneda á precios muy arreglados.

Cuando nuestra revista llegue á vuestras manos, amables lectoras, ya habreis recibido el regalo de Pascuas. Muchos é interesantes detalles podria daros la *Moda*, pero no habiendo vosotras de ocuparos de ellos en estos dias perderian para despues el prestigio de la Novedad. La *Novedad*, compañera inseparable de la *Moda*!

A propósito os daremos una alegoría que, aunque en mal rimados versos, es imitacion de otra muy graciosa que hemos leído en uno de nuestros colegas de París.

LA NOVEDAD.

En una isla frondosa
donde la *Moda* impera
la *Novedad* viajando
un dia tomó tierra.
Los habitantes todos
al verla tan coqueta,
—qué linda es! exclamaban,
qué gentil! y qué fresca!
vale mas que el talento,
y aun mas que la belleza!—
y de entusiasmo locos
por la hermosa viajera
por reina la proclaman,
por diosa la veneran,
y viva *Flor de un dia*
por los aires resuena.
La *Novedad* entonces
con cara placentera
les dice: agradecida,
acepto vuestra oferta.
Mañana reunidos

en esta plaza mesma
me prestais homenaje,
me jurais obediencia.—
En el siguiente dia
la ninfa se presenta,
de la vispera el traje
ostentando risueña.
—Cómo! grita la gente.
Qué *Novedad* es esta?
—Soy la de ayer, amigos,
muy servidora vuestra.
—La de ayer! Brava cosa:
Novedad... sois ya vieja.

Como pormenores de Modas nos contentaremos por hoy con la siguiente

Esplicacion del grabado de Modas.

Núm. 1. *Cuello* compuesto de entredoses bordados, guarnecido de encaje, con camisolin de muselina y lazo de cinta.

Núm. 2. *Cofia* de punto de aguja, guarnecida de terciopelitos negros y lazos de cinta, color de rosa.

Núm. 3. *Gorra* de muselina con caidas, bordada á plumetis. Una cinta color de rosa, plegada á la antigua, separa los dos órdenes de guarniciones, y otro lazo de la misma cubre el fondo.

Núm. 4. *Berta* de tul de seda de forma redonda por delante y por detrás. Va guarnecida de una blonda bastante ancha, recogida en el hombro por un lazo de cinta azul: otro igual se coloca en el pecho.

Núm. 5. *Manga* cerrada de muselina. Sirve tambien para llevarse con otra abierta mas rica.

Núm. 6. *Manga* de muselina lisa. Esta manga es cerrada y se compone de cinco tiras de muselina, puestas á lo largo, y cubierta la union por puntillas de encaje, entre las que se enlaza un terciopelo negro: el puño es correspondiente. El modelo indica que cada tira forma un bullon. Por la parte de arriba lleva otro puño liso que la sujeta.

Núm. 7. *Vestidito* de niña. Este traje que puede hacerse de tela de seda ó de lana lisa, lleva un jareton en la falda, guarnecido de un galon correspondiente. El cuerpo es cerrado y va adornado de algunas tiras atravesadas del mismo galon; la berta, que hace como tirantes, ensancha en el hombro, formando como una especie de vuelta, que estrecha en la cintura, y termina con dos grandes cabos de forma redonda que caen sobre la falda. Esta berta lleva adornos de trencilla.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.

MADRID: 4897.—Imp. de Miguel Campo-Redondo.—Huertas, 42.